

RECEIVED
BIBLIOTECA NACIONAL
MADRID
1900

RICARDO BRUGADA



SIERRA NEVADA DESDE GRANADA

FRANCISCO AMIGÓ



PAISAJE

niño, mientras Santiaguito corre hacia el castillo en demanda de socorro... y permanecen solos unos momentos, durante los cuales las lágrimas de Elena se juntan con la sangre de Juan; abre al fin éste los ojos y, sonriendo dulcemente, murmura muy quedo:

—¡No es nada, mamá!...

Un grito y un beso muy fuerte le contestan, y toda la alegría, al ver que su estado no es grave, y toda la envidia que corroía el alma de Elena se funden en el beso y el grito de «¡hijo mío!» que resuena en el espacio y se mezcla con el aroma de las flores que adornan el jardín.

MARÍA DE ECHARRI

LA HOJA SECA

EN el gabinete vecino al cuarto de la enferma se encontraron el médico que salía y el amante que llegaba.

—¿Cómo está? — preguntó el último.

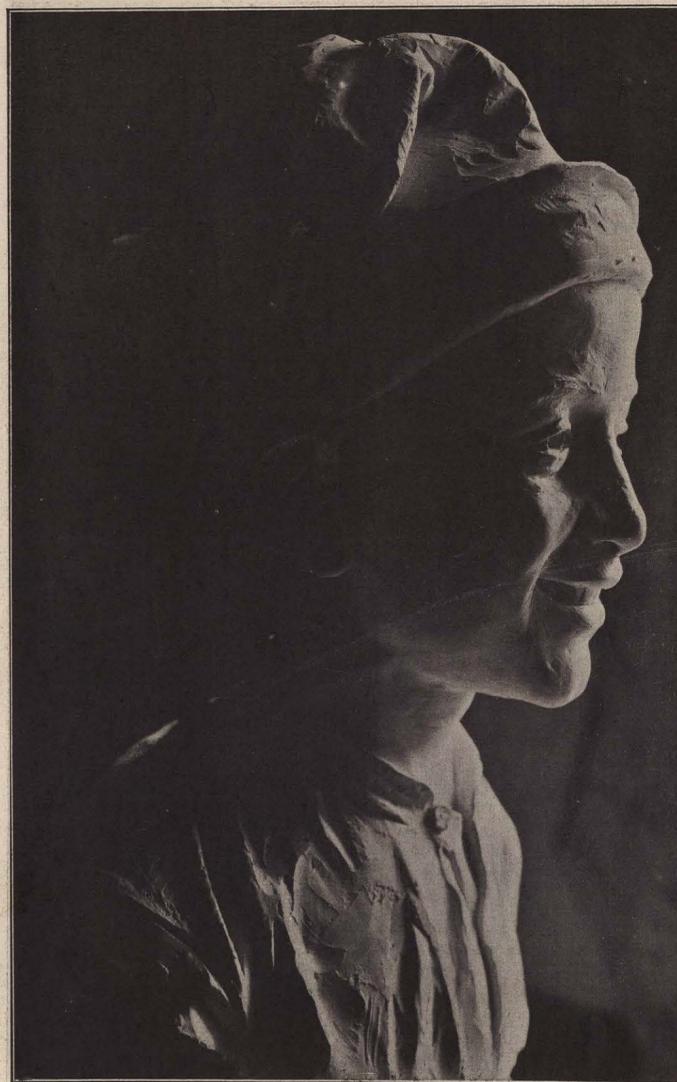
—Mal, muy mal. Caerá con la primera hoja seca.

Así habló el médico, con ruda franqueza, mientras el amante murmuraba con amarga conformidad:

—¡Dos meses de agonía!

Uno y otro, entregados al ensimismamiento de la impotencia, dejaron de percibir el eco de un suspiro, y el choque de un cuerpo débil en mullida alfombra.

—¡Luisa, Luisa! — gritó el amante en la próxima estancia, al ver á la



ESCUPTURA ORIGINAL DE DIONISIO RENART (hijo).

enferma con el rostro pálido pegado al suelo, los brazos en cruz vencidos al peso del infortunio, y las piernas dobladas, bajo la débil presión de aquel cuerpo esbelto, trocado por la tisis en tenebrosa caverna de la muerte.

Volvió la enferma á la vida; y ojalá no volviera, pues fué volver á pena tan intensa, que el mismo demonio la envidiara, para más cruel castigo de los réprobos, si en los antros infernales estuvieran permitidos los tormentos de amor.

Ella, hermosa, rica y joven, amada por los suyos con ternura, y con delirio por el hombre que cautivó su alma, veíase en el duro trance de haber de despedirse de la vida en los mismos umbrales de la felicidad.

—No es nada, — sollozó la infeliz — un ligero desvanecimiento...; ya pasó... ya estoy buena.

Desde aquel día desarrollóse en la enferma un furor de amar rayano en la locura.

Los suyos dejáronle hacer. Siempre los condenados á muerte tuvieron mejores derechos al capricho.

El amante avinose gustoso á las amorosas exigencias de la mujer, la que no se conformaba con menos que con tenerle siempre á su lado. A la desesperación de los primeros días sucedió en el hombre la triste calma de la conformidad con la desgracia. Era muy lógica esta mansedumbre frente á la pena. La muerte no inspira celos, porque no ataca el amor propio; los furores, los arranques trágicos, el suicidio, los engendra la pérdida por olvido ó por engaño, cuando la primera víctima es la vanidad.

Durante las horas consagradas al cariño, hablaban muy poco, porque en la conversación no había más tema que el pasado; el presente y el porvenir eran espantosos. Y cuando cerrábase sus bocas, ante el miedo producido por el negro fantasma de la muerte, miraba él con tristeza aquella cara de cielo que se iba, y miraba ella con desesperación aquel rostro querido que la vería ir.

—¿Oye? — preguntaba Luisa muchas veces.

—¿No te parece que los árboles cambian de color? ¿que las hojas se secan?

—Niña; ¡si estamos en Agosto! ¡en el mes de la vida!

—No importa; para el campo aquél, de regada y punzante superficie, llegó ya la muerte.

La infeliz, con el pensamiento fijo en la cruel sentencia, no apartaba los ojos de los árboles cercanos, que cubríanse con el espléndido ropaje de verdes y rumorosas hojas; y en todos los crepúsculos, cuando el sol caído se defendía de las avanzadas de la noche, rodeándose de pálida aureola é hiriendo con rayos grises á las pardas nubes, heraldos de la obscuridad, temblaba ella de miedo, porque aquel color era el color del frío, el color de las hojas secas, el color de la muerte...

—Oye— dijo la enferma.— Cuando no estás cerca de mí, me ahoga la tristeza. Dame algo para ahuyentarla, algo que me haga olvidar, que me obligue á discurrir. Un libro, por ejemplo... Todos tenemos nuestro poeta; tráme el tuyo.

—Lo traeré — contestó él. — Precisamente, ese libro ha inspirado mis amores; se parece á mi alma como dos cosas gemelas. Y es, además, estuche, ó relicario, que guarda la primera prenda de tu cariño... La mordías nerviosa con tus menudos dientes cuando me confesastes tu amor...; la cogí del suelo, junto con un sí que me llevó á la gloria... ¿no recuerdas?

—¿Cómo recordarlo! ¡si mi cariño creo que cuenta más años que mi memoria!

Al despedirse los amantes en el día siguiente, dejó él en las manos de ella un pequeño volumen cubierto con suspiros y registrado con lágrimas.

Era un anochecer de Agosto, acompañado de tropical derroche de colores. Algunas nubes, pegadas al ocaso, ardían; otras, repartidas por el cielo desteñido, simulaban calados finísimos, siluetas deformes, ondas de luz. La noche llegaba, precedida de brisa tenue y sensual, á cuyo tibio contacto sentían todos los seres estremecimientos de placer. Escuchábase rumor misterioso, preludio de himno sin notas, canto á la vida, entonado por la creación entera...

Luisa, contagiada por aquel ambiente de salud, sintióse sujeta á la existencia por los tenaces lazos del deseo. Las explosiones de tanta dicha no le dieron envidia.

Miró á los árboles, según costumbre, pero el suave balanceo de las ramas y el murmullo de las hojas no le inspiraron miedo.

Sentóse de espaldas á la noche y, abriendo con ambas manos el libro que procuró su

amante, puso los ojos en los últimos rayos de sol, que se apagaban poco á poco.

Un roce, apenas perceptible, le hizo mirar los pliegues de su falda, y después á tierra.

Al bajar la vista, contemplóse en presencia de la muerte.

Sus labios exhalaban débil gemido, su cabeza doblóse dulcemente, brotó en su boca sanguinolento esputo, mientras una hoja seca, desprendida del libro donde el amante guardóla como primer recuerdo de amor, bailoteaba en el suelo á impulso de la brisa.

M. TURMO BASELGA

ALVAREZ DE CASTRO

(PÁGINAS DE GLORIA)

¡Préstame, inspiración, tu fuego santo!
¡Impulsad, oh musas, mi impotente lira!
¡Ven á mis ojos, llanto!
¡y sea así mi canto
digna ofrenda del héroe que lo inspiral
¡Cielo, cuya clemencia,
de aquel cuerpo mortal guarda la esencia!
¡no por mí que pigmeo me confundo
entre la humana escoria,
sino por el coloso cuya gloria
hizo temblar al mundo,...
cúñe mis sienas, orla mi cabeza
con el soplo divino;
que fuera harto mezquino
todo humano poder, toda belleza,
para cantar del mártir la grandeza!

¡Ah! ¡cómo el corazón late violento
al recordar horrores del pasado!
¡cómo, en el pensamiento,
el odio concentrado
trazó surco sangriento!

Junto al humilde hogar, en las veladas
frías de invierno, respirando apenas,
de mi abuelo escuché tristes escenas
y sangrientas jornadas.

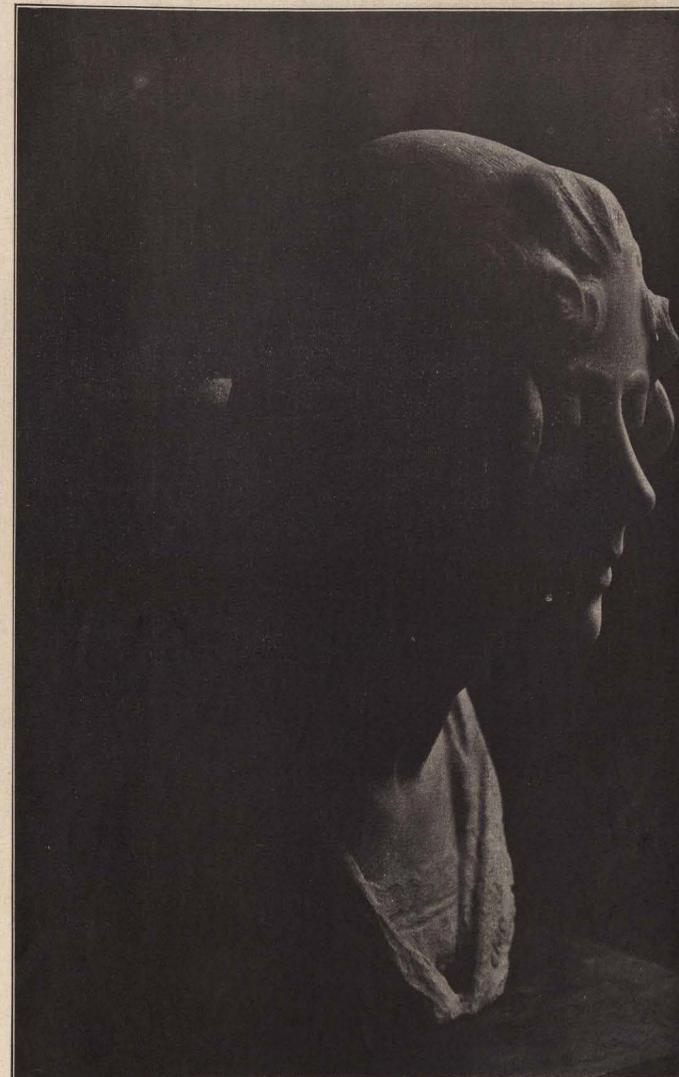
Tan fijas, tan grabadas
quedaron en mi mente,
que en ella vivirán eternamente:
incendio, destrucción, yertos despojos,
¡todo lo ven mis ojos!

Mas... calla, corazón; nó del poeta
acabes de turbar la mente inquieta
con violentos latidos rencorosos;...
que si á cantar le mueve,
uno de los esfuerzos más gloriosos
del siglo diez y nueve,...
ni al recordar sus destrozados lares
ha de impregnar en odio sus cantares.
¡Paz á los muertos, en su tumba helada!
¡paz al rencor, del pecho en la morada!

Modelo de valor y de nobleza,
dechado de virtud y bizarría,
espejo de honradez y de entereza,
de arrojo y valentía,
fué el invicto caudillo, luciente astro
de la tierra española,
fué... ALVAREZ DE CASTRO.

Ante la eterna refulgente aureola
que coronó su frente,
su gloria no se canta, mas... se siente.
Ni el propio aliento la pureza empaña
del cristal de su vida,
ni lo oscurece la enemiga saña,
por su prestigio hundida;
admiración del mundo, honra de España,
al nivel de los inclitos varones
colocaron su nombre las naciones.

El águila francesa
de conquistar el orbe audaz blasona
y detiene su vuelo ante Gerona.
Se arroja con furor sobre la presa
una vez y otra vez, mas la insolente
garra feroz que se aferró potente
en gigantescos montes,
que rasgó los celestes horizontes
buscando más espacio á sus hazañas,
en el pecho del héroe esclarecido
dejó las uñas y á sus pies vencido
el pendón victorioso en cien campañas.



BUSTO DE GITANA, EN MÁRMOL, ORIGINAL DE ENRIQUE CLARASSÓ.

Sólo cuando la peste asoladora,
ruin aborto del hambre y la miseria,
hizo propia la causa sitiadora;
cuando postró el dolor en lecho horrible
el espíritu nó, si la materia
del caudillo invencible,...
sólo entonces las tropas del Imperio,
cual tigres vengativos,
hollaron aquel vasto cementerio
de cuerpos muertos y esqueletos vivos.
Hasta aquí la lliada, hasta aquí el hombre;
¡qué Homero cantará su ilustre nombre!

¡Tras la gloria el martirio!; del cristiano
en esta frase el galardón se encierra:
laureles para el héroe de la tierra,...
con la palma en la mano
tiende el mártir el vuelo
para cruzar las bóvedas del cielo.

¡Tras la gloria el martirio!; se acercaba
el momento de prueba en la criatura,
ya el héroe hacia la tierra declinaba,
y el cáliz de amargura,
servido por las iras extranjeras,
apuró en el castillo de Figueras.

¡Silencio sepulcral! Sobre las lomas
ya no posan su planta las palomas,
triste murmura el agua del torrente,

cierra la flor su broche,
y el sol convierte el día en negra noche
corriendo al occidente.
La brisa, que en las hojas se mecía,
gime en la selva umbría,
la fiera amedrentada huye á la sierra,
creyéndose quizá que cielo y tierra
se encuentra en la agonía.
Y... agonizando está; rinde tributo
al sér que yace inerte,
mientras, llorando, el ángel de la muerte
pliega sus alas en señal de luto.

¡Oh, ALVAREZ DE CASTRO!, tu destino
cumplióse al fin: si acaso tu mirada
puede cruzar los reinos de la nada
y ver en un sepulcro, harto mezquino,
tu grandeza encerrada;...
¡descansa en paz! al són de los latidos
ensalzarán los bardos tus virtudes,
eterna tu memoria
quedará en el gran libro de la historia,
y la posteridad te alzará un templo
que, á la par, sea admiración y ejemplo.
Descansa en paz: cuando la muerte llega
y de la vida los pesares calma,
¡dichoso aquel que lega
un timbre á su nación, al cielo el alma!

SALVADOR CARRERA